

5

¿Y Franco? Un hombre fatal.
Un Adonis justiciero
con su moquete real.

6

¡Qué porte, qué gala airosa!
Ni doña Isabel II
fue así de jacarandosa.

7

¡Cuánto esplendor, cuanto brillo!
Es oro lo que reluce
en la España del Caudillo.

8

Aquí se compra, se vende.
Toda España es un mercado.
(De color negro, se entiende.)

9

En las tiendas hay jamones
y por todas las esquinas
obispos y procesiones.

10

Longanizas, butifarras,
y manzanilla que surte
del vientre de las guitarras.

11

¡Qué lujo! Por las estrellas
vuela el aceite, y vacías
por el suelo las botellas.

12

¿Y el pan? Los grandes hoteles
hacen una mar de trigo
del blanco de los manteles.

13

¿Que el azúcar se mezquina?
¡Si en España un millonario
puede tenerla en la orina!

14

Hay de todo en esta tierra:
falangistas, prostitutas
y criminales de guerra.

15

¿Quién, señor, no se divierte?
De la mañana a la noche
aquí baila hasta la Muerte.

16

De la noche a la mañana

sobre un tablado que suelta
por telón una sotana.

17

¿Quiere música? Disparos
de fusil son los placeres
mejores y no más caros.

18

Tiene, siempre lo que quiera,
todos los fusilamientos,
señora, que usted prefiera.

19

Y si esto le causa espanto,
tiene otra gran diversión.
Ley de fugas. ¡Un encanto!

20

¿Sueña acaso con la España
recóndita? ¿Sí? Pues venga
a ver el penal de Ocaña.

21

Y no se olvide en Sevilla
de ver su más fina joya:
la cárcel. ¡Qué maravilla!

22

¿Y el cante jondo? No hay cante
como el del penal del Puerto
y todos los de Levante.

23

¿Quiere sueños campesinos?
Vaya a buscarlos del brazo
del hambre por los caminos.

24

¿Ama la paz? ¡Qué emoción
ver a la luz de la luna
los campos de la aviación!

25

¡Qué delicia de paisaje!
Nada más bello a la luna
que un campo de aterrizaje.

26

¿Vio alguna vez más humanos
y amistosos sentimientos
que los norteamericanos?

27

¡Qué blancos, qué insinuantes
y dulcemente mezclados
de fortalezas volantes!

28

¿Qué más quiere? No hay turista
que vuelva desencantado
de la España falangista.

29

Mas hay un pueblo valiente
que sufre y sueña y combate
sin descanso, abiertamente.

30

Visítelo, sin temor,
que si le gustan las flores
él es la más bella flor.

31

Le dice Juan Panadero:
Salga a buscarlo una noche
por las cumbres sin sendero.

Estamos ante una poética de la necesidad, de la urgencia, de la militancia cotidiana frente a la dominación capitalista en una de sus manifestaciones peculiares: el fascismo. Y sobre todo estamos ante una *poética de la eficacia*. Con estas *Coplas de Juan Panadero*, escritas durante sus treinta y nueve años de exilio, y con otras que Rafael Alberti siguió escribiendo desde su regreso a España, recitadas en las plazas de los pueblos, nuestro poeta logró un escaño por la circunscripción de Cádiz para el Partido Comunista en las primeras elecciones democráticas de 1977. Por eso estas *Coplas* representan un alentador ejemplo de *poesía como servicio público*. Porque no se trata de establecer —como tantas veces se ha hecho desde la hipocresía militante de los que se sitúan por encima del bien y del mal— una dialéctica falsa quien lo maneja; en este caso, un poeta que ha transitado por los territorios más diversos de la poesía: desde los mundos ocultos y atormentados de *Sobre los ángeles* hasta sus cotidianos *Versos sueltos de cada día*, cruzando por el laberinto gongorino de *Cal y canto* o el paisaje luminoso y siempre abierto de *Ora marítima* o *Pleamar*.

Para terminar esta aproximación no erudita a la práctica poética vital de Rafael Alberti, dejemos que sean sus propios versos los que nos lo digan:

Poética de Juan Panadero

1

Digo con Juan de Mairena:
«Prefiero la rima pobre»,
esa que casi no suena.

2

En lo que vengo a cantar,
de diez palabras a veces
sobran más de la mitad.

3

Hago mis economías.
Pero mis pocas palabras,
aunque de todos, son mías.

4

Mas porque soy panadero,
no digo como los tontos:
«que hay que hablar en tonto al pueblo».

5

Canto, si quiero cantar,
sencillamente, y si quiero
lloro sin dificultad.

6

Mi canto, si se propone,
puede hacer del agua clara
un mar de complicaciones.*

8

Flechero de la mañana,
hijo del aire, disparo
que siempre da en la diana.

9

Si no hubiera tantos males,
yo de mis coplas haría
torres de pavos reales.

10

Pero a aquél lo están matando,
a éste lo están consumiendo
y a otro lo están enterrando.

11

Por eso es hoy mi cantar
canto de pocas palabras...
y algunas están de más.

Javier Egea

Ora Marítima

En estos tiempos en los que el pequeño nacionalismo parece ser un virus poco digerido por el metabolismo de las sociedades que se abren a un amplio concepto universal de la civilización, donde armenios, transilvanos, vascos y eslovenos reivindican su esencia individual por encima de cualquier imposición política de las grandes potencias, da alegría encontrarse con una muestra de lo que pudiera ser un espíritu cosmopolita sacudido desde las raíces más patrióticas, en el mejor sentido de la palabra. Me refiero, no a un tratado sociofilosófico, sino al lirismo más sencillo de *Ora Marítima*, de Rafael Alberti. Libro ya de madurez. Escrito en la experiencia de un exilio, tan interior como exterior, que ya había pasado con creces su década de amarguras, recuerdos y deseos. *Ora Marítima* se escribe en 1953, con motivo del trimilenario de la fundación de Cádiz —fecha que responde más a los antojos poéticos de los historiadores, que a la historia real de la lírica ciudadanía—, lugar que ha estado omnipresente durante toda la obra del poeta.

Escribir sobre *Ora Marítima* me es difícil y, al tiempo, conciliador con mi primera experiencia como escritor de versos —si es que puedo hablar ya de estadios dentro de mi propia producción sin acudir a la pedertería—. Difícil, porque el objeto loado de la obra es el mismo lugar que me condujo a hacer mis primerísimos pinitos literarios, con el riesgo de dejarme convertido en un mero cantor local, aunque por referencias acudiese a todo el mundo mitológico que Rafael Alberti apunta en los bellísimos nombres propios de su homenaje. Caer en la tentación endógena de mirarse el ombligo, aunque el cordón materno que nos una al mundo elogiado tenga tres mil años de historia, no deja de ser un acto de voluntad «ele-

giaca» que puede hacer sucumbir a un aspirante a poeta en un cúmulo de adjetivadas palabras pertenecientes al mundo de los próceres y académicos, todo lo más, provinciales cronistas de una hermosa ciudad. Recuerdo, no sin rubor y un poco de arrepentimiento, uno de mis juveniles poemas gaditanos, presentados a un innombrable certamen de la época, en el que el nombre de Gerión y las Hespérides iban hilvanados a una retahíla de versos insípidos y mal encadenados. Naturalmente el premio no fue para mí, aunque fue para otro que andaba en peor cuerda, y aquella descalificación la atribuí a mi ligazón estilística albertiana, concretamente con la marítima ora y con el significado de la *Canción de los pescadores pobres de Cádiz*¹. Ya se sabe: censuras y justificaciones en cuyas garras nos hemos expiado de tanto pecado e indiscreción. Sin embargo, pasado algún tiempo, en el que disfrutaba más con el directo sonsoniquete de *Panadero* que descubriendo el mundo «sobre los ángeles», recaí en la lectura más sosegada de *Ora Marítima*. Y no es una exageración decir que después de una entregada tarde al deleite continuado de sus páginas, salí a la calle de mi ciudad —yo entonces vivía en Cádiz todo el tiempo— y me pareció otra. Sus esquinas, sus piedras y su mar cobraron, no otro color, ni otra forma, sino una configuración extrasensorial como nunca había podido percibir. Me sentía gaditano, pero notaba en mis huesos que poco tenía que ver con el murmullo coetáneo que fomentaban mis oídos y mi presencia. Incluso practiqué un cierto desdén, en esa tarde y en los días en los que dura el brote de un fuerte fulgor lírico, hacia toda esa gente que presumía de rincón patrio y dedicaba su tiempo a un Tartessos que les protagonizaba ante su propia y pequeña historia, como a las otras que se debatían entre la gracia carnalera y el piropo local. Entendí que el acierto juanramoniano del «andaluz universal», bien podría achicarse y agrandarse por los dos lados: gaditano cósmico. Eran tiempos del internacionalismo cafetero, o sea, la revolución en mesitas de mármol, y una *Ora Marítima* a su debido momento fue, al par, una lección de humildad y un gesto contemplativo de un mundo que se decía más allá de las propias palabras que localizaban el lenguaje. Fue algo parecido a

¹ Obras Completas. Tomo II. (Poesía, 1939-1963). Edición de Luis García Montero. *Ora Marítima*. Pp. 659-660. Ed. Aguilar. Madrid, 1988.